



**LA INTIMIDAD COMO MOVIMIENTO: UNA  
PALEANTROPOLOGÍA FILOSÓFICA**

***INTIMACY AS MOVEMENT: A PHILOSOPHICAL  
PALEOANTHROPOLOGY***

ENRIQUE ANRUBIA

*Universidad CEU Cardenal Herrera, CEU Universities*

HIGINIO MARÍN

*Universidad CEU Cardenal Herrera, CEU Universities*

Recibido: 26/04/2025 Aceptado: 26/06/2025

RESUMEN

Este artículo analiza desde fuentes paleo-antropológicas las consideraciones filosóficas del ser humano como animal, su relación con la evolución y la corporalidad, tomando el bipedismo como fuente primaria del sapiens. Desde ese punto de vista se profundiza en el movimiento humano del andar en su carácter más filosófico y las implicaciones que contiene para la comprensión de la intimidad humana.

*Palabras clave:* antropología del bipedismo, cuerpo humano, evolución humana, intimidad.

## ABSTRACT

This paper analyzes, from paleo-anthropological sources, the philosophical considerations of the human being as an animal, its relationship with evolution and the body, taking bipedalism as the primary source of the sapiens. From this perspective, it delves into the human movement of walking in its more philosophical nature along the implications it holds for the understanding of human intimacy.

*Keywords:* anthropology of bipedalism, human body, human evolution, intimacy.

## I. INTRODUCCIÓN: LO QUE DE ORIGINARIO TIENE LO HUMANO

En ocasiones los seres humanos concentramos lo peor y lo mejor de lo que somos en un pequeño grupo de sujetos de nuestra especie, a veces incluso en un único individuo, y es como si en ese individuo se reuniera como molde original la relevancia de algo característicamente humano de un modo que en otros miembros permaneciese más mitigado o parcializado. De hecho, es su relevancia única y singular la que hace de esos sujetos abarcar a la Humanidad entera como predicamento para los demás. En esos sujetos se concentra lo propio suyo como universal para todos.

El modo de entender a esos sujetos se diferencia de un arquetipo porque nadie pretende copiar lo que esos individuos hicieron, sino que más bien lo que fueron o hicieron gesta la comprensión de la que todos los demás podemos atribuirnos como patrimonio de lo que somos. Eso es precisamente lo que nos adjudicamos cuando decimos que la figura de Hitler reúne la brutal crueldad que la Humanidad puede llegar a realizar, lo cual no quiere decir que sea el modelo arquetípico imitable. Y, sin embargo, Hitler reveló a la Humanidad entera algo de sí misma en lo que era capaz de destruir, tanto como Gandhi respecto de la paz o Aquiles respecto de la valentía. Y es desde ahí desde donde decimos que los seres humanos –todos concentrados en ese individuo– hemos generado genocidios, hemos conquistado la paz o hemos llegado la luna. Resulta similar a aquella trivialidad del aficionado deportivo que dice sin haber tocado pelota alguna que “hemos ganado el campeonato”. Unos pocos, a veces uno solo, son la condensación de muchos. Y eso es lo que significa condensar: reunir lo esencial<sup>1</sup>.

Lo que de originales tienen esos individuos les vuelve fuente tan inicial como primaria para los demás. Su rastro es el germen originario de su especie

1 F. Inciarte, *Imágenes, palabras, signos. Sobre arte y filosofía* (Pamplona: Eunsa, 2004), 47.

porque desvelan tanto el origen como lo más arraigado de la misma. En ellos se da la revelación matricial de lo que los demás hemos sido y por eso tienen de original lo que de origen son, por primeros y por primarios, y cualquier narración sobre lo que somos les hace parada y fonda inevitable para nuestra propia comprensión.

No es que los seres humanos nos entendamos como reunidos en un único género, sino que el género queda más visible y principiado desde ese único individuo. En este caso, el género es el que concurre como *relevado* en la materialidad particular de una acción o un individuo y es ese sujeto el que es de suyo *relevante*. Algo así a como decía Tomás de Aquino del relato de Adán y de Adán mismo, que en él “todos los hombres se consideran como uno solo en la participación de la naturaleza común”<sup>2</sup> y que implica que en el sujeto Adán compareció la humanidad entera en su acción específica según el relato bíblico. De hecho, también eso significa Adán en hebreo “Humanidad”. Para Tomás, Adán era tanto un individuo concreto cuanto la contención germinal y originaria de lo humano como posterior, es decir, el único y primero que contiene el género seminalmente. Los griegos llamaron a ese germen común “*physis*”, naturaleza, y no por casualidad “pecado de naturaleza” llama el Aquinate a la acción por la que el género humano quedó mancillado.

La idea no pasaría de ser una elucubración teológica si no fuera porque algo similar sucede con los fósiles que los paleoantropólogos encuentran en su trabajo de campo con los que definen al ser humano. Fósiles que no relatan solo y exclusivamente la vida particular de ese ejemplar hace miles de años, sino que en sus investigaciones se concentra el nacimiento de toda la Humanidad posterior: de lo que fuimos y lo que somos. Nos explicamos por ese fósil no porque lo seamos *in strictu senso*, sino porque ese fósil, tan diminuto como un molar o parcial como un fémur, incluye el nacimiento de lo que nos explica como género. La investigación paleoantropológica sobre el relato de la vida de ese sujeto es en cierto modo solo secundaria respecto de su universalidad y su relevancia genérica para la Humanidad venidera. Y es por eso por lo que hablando de un solo ejemplar -como uno fue el hombre que pisó la luna cuando decimos que la humanidad llegó y como uno es el fósil del valle del OMO- pasamos a hablar del género *homo*. De ese fósil se predica la posibilidad original relevante de la Humanidad en su conjunto. Y así se comportan (y eso son) los paleoantropólogos respecto de sus hallazgos: como adanes que vienen a desvelar la naturaleza aún oculta de lo humano.

2 Tomás de Aquino, *Summa Contra Gentiles* (Madrid: BAC, 1952, 1953), IV, q. 52.

Claro que para ello hace falta tener la hipótesis previa o simultánea de que somos una unidad en el género, es decir, que somos tan uno en nuestra identidad individual como uno lo somos en el género biológico que nos “reúne” en nuestra anatomía, y que aquello que somos es rastreable a ese sujeto porque siendo origen nuestro nos retoma y nos devuelve a nuestra propia originalidad. Y por sorprendente que resulte, los humanos no siempre nos hemos entendido como uno en el género y mucho menos como unidad biológica.

Los humanos nos hemos llamado de muchas maneras, y nuestros nombres no siempre se han referido a toda la humanidad ni tampoco a las mismas cualidades compartidas: *zoón politikón*, *filiius Dei*, *res cogitans*, etc. Pero fue Linneo en su *Sistema Natural*<sup>3</sup> quien nos bautizó como *homo sapiens*. El ser humano, explicó el sueco, es *mammalia*, mamífero, y que dentro de ser mamífero y por tanto sexuado, afirmó que era un mamífero primigenio, es decir, primate<sup>4</sup>. Si el fósil es el inicio de lo humano como animal particular, Linneo es el inicio de lo humano dentro de una genealogía orgánica para el conjunto de la humanidad en un modo nuevo que no era tan visible en la definición de “hijo de Dios” o “animal político”. Cuando Linneo define a la persona como *homo sapiens* también está diciendo que hay un animal en el mundo de la zoología que en tanto que *sapiens* busca su origen, es decir, por lo que de *sapiens* tiene respecto de su animalidad como *homo* convierte a su biología en biológicamente original. De hecho, es eso lo que convierte a un fósil en lo anatómico desenterrado en tanto que originario, y a un *sapiens* en un animal que busca saber de sí a través de sus restos nativos. El hombre es, de origen, rastreador de significados pasados. No siempre se ha sabido de esos fósiles ni se ha tenido la necesidad de buscarlos para entendernos, porque tampoco hemos subrayado siempre nuestra animalidad como paso necesario para nuestra comprensión. Eso es de hecho lo que significa fósil: lo que se desentierra. Lo que Linneo sitúa, Darwin populariza y hoy se asume como normativo, es al género humano como cronología biológica rastreable a un origen que nos revela lo que somos. Somos animales y lo somos desde el principio –desde el origen- y la importancia del descubrimiento de un

3 Linneo publicó la décima edición de su *Systema naturæ, sive regna tria naturæ systematice disposita per classes, ordines, genera, & species* en 1758.

4 Los científicos del momento, predarwinianos todos, elevaron a discusión la distinción de Linneo, pues el sueco incluía a monos, póngidos y humanos como homínidos. Linneo intentó explicar en posteriores ediciones de su *Systema naturæ* que homínido se refería no tanto a una igualación de todos esos mamíferos cuanto a todos aquellos seres que poseen una cierta “forma humana”. La disputa no solo no acabó con su explicación o más bien su explicación no acabó con la disputa, pues ¿qué sentido tenía decir que el ser humano tenía “forma humana”? Es ahí donde Linneo cambió de la noción de homínidos a la también conocida de primates.

sapiens es precisamente la irrenunciable adquisición de que seamos lo que seamos no lo podemos ser sin ser animales. Ciertamente un animal muy *sui generis*, pero originariamente animal.

## II. MUNDO, ANIMAL Y EVOLUCIÓN

Si por casualidad viésemos a una piedra aislada en el suelo levantarse sobre sí misma y moverse sin que nadie ni nada la empujase, y si viésemos que esa misma piedra se detiene y hace como que ingiere en ella algo que no es ella misma, y si además viésemos que busca la compañía de otras piedras y se organiza con ellas en formatos que no reconocemos, movimientos que no entendemos o sonidos que no distinguimos, y si al día siguiente advirtiéramos que esa piedra se ha multiplicado sin partirse y que ha hecho más de sí misma, más piedras, entonces es más que probable que al espectador de tan inaudita escena solo le cupiese poder afirmar que lo que está delante de él, que no se mueve como una piedra, que no actúa como una piedra y que no hace lo que las piedras hacen, no es en definitiva una piedra.

Poco más o menos que eso, aunque exactamente eso, es lo que los pensadores griegos clásicos supieron formalizar intelectualmente y que los primeros humanos, aquellos cazadores-recolectores, sabían apreciar vitalmente. Que quien se mueve, come, se reproduce o se comunica por sí mismo no es un ser como los demás, como las piedras, sino un ser vivo. *Bíos* lo llamaron, y también *autón*, lo que se mueve o hace cosas por sí mismo: *autokinesis*<sup>5</sup>. Las piedras no se mueven, ni comen, ni se reproducen por sí mismas ni hacen nada que no les haga ejecutar una causa externa como el agua que las mueve convirtiéndolas en guijarros. Una piedra no escapa del pie que le da una patada o de la mano que la arroja. Los griegos solo manifestaron un principio tan revolucionario como básico que además les permitió comprender la realidad de modo basal: que las cosas son y están hechas de dónde proceden, de su origen. Y así, de una piedra salen piedras, y de un ciervo cervatillos, y que de piedras no salen cervatillos porque no comparten origen. A ese origen los griegos lo llamaron *arché*, y comprender algo, o todo, era comprender su origen. Querer conocer algo era estar al tanto del origen del que procedía convirtiendo a toda ciencia un tipo de “arqueología” y a todo ser en un caso específico de su principio original.

5 Aristóteles, *Acerca del alma* (Madrid: Gredos, 2020), II, 5: 417 b 6-7 y ss.

Ciertamente los individuos no son su origen, como los hijos no son sus padres, pero tampoco lo son sin él. En el ser humano cabe advertir que su origen más evidente y principal, del cual no es todo lo que es pero lo que es no puede serlo sin negarlo, es que es un ser vivo. Lo vivo no se opone primariamente a lo muerto, sino a lo inerte. La raíz latina de “in-erte” significa precisamente lo que no tiene actividad (arte) dentro y por sí mismo, es decir, lo que solo hace algo desde una causa externa. Como Aristóteles estableció, para los seres vivos vivir es ser y no estar vivo es solo figuradamente estar muerto. Simplemente: estar muerto no es un modo de estar, es sencillamente no estar.

Así, de entre las muchas posibles explicaciones sobre el ser humano ninguna es tan originaria o reveladora por el hallazgo fósil, como la que le define como un ser vivo y en consecuencia como el modo de vida originario que posee, a saber, como animal. El ser humano será otras muchas más cosas y matices que sólo y simplemente un animal, o será un animal que en el conjunto de los mamíferos será muy extraño por anómalo en su conducta e inaudito en su singularidad, pero no cabe poner en duda que es un animal. Entender al ser humano como animal es visualizarlo desde la zoología, la anatomía o la etología y otras muchas disciplinas que se atienen a lo originario y primero de cualquier ser vivo.

Si conocer algo es tomar nota de su origen, lo humano está ligado de suyo al origen de donde proviene, el mundo. La tríada “animal, mundo y evolución” son discernibles conceptualmente pero no separables en la realidad. Si se discernen como excluyentes (tomar al ser humano que se es fuera del mundo que habita, o entender su animalidad al margen de su estatuto evolutivo), entonces el objeto estudiado no solo se vuelve oscuro sino también los otros dos conceptos que se han dejado de lado. Nuestra historia y nuestro destino están anclados al mundo porque en él aparecen y en él sucumben. De hecho, ese es el sentido primario de “humano” y que los romanos usaban con la misma raíz de tierra, *humus*, y de la que Virgilio explica que morir es morder el polvo -“humum semel ore momordit” -, porque lo humano es polvo y tierra como también lo justifica la tradición hebrea. Lo humano antes que ser lo opuesto al mundo significa la atadura viva a la *historia natural del planeta* de la que somos y formamos parte. Más: no ha habido, ni hay, ni habrá humanidad sin mundo. Dicho en el contexto de la historia natural del sapiens: un fósil sin contexto está muy devaluado y perdido<sup>6</sup>. No existe el sapiens terrenalmente no localizado. Hay que ponerlo en contextos geológicos, paleoecosistemas, fechas, etc. Eso significa que las cosas no pueden ser lo que son si no lo son cuando lo son, donde lo son, en

6 Véase Daniel Turbón, *La evolución humana* (Barcelona: Ariel, 2006).

una relación o con un alrededor. Desenterrar o exhumar el fósil de sapiens - porque lo nombramos y lo decimos del mismo modo: de lo humano y de la tierra (*exhumus*)- es también saber quitar la tierra y desempolvar del mundo en el que vivió.

Precisamente porque formamos parte de esa historia natural del mundo también somos parte de la historia evolutiva del mismo: nuestro cuerpo está constituido de elementos cuya química es planetaria y cabe definir al hombre como un trozo específico y singular de planeta viviente<sup>7</sup>. No es solo eso, pero también es eso. La especie humana no habría sobrevivido sin las peculiarísimas condiciones atmosféricas y ambientales de un planeta, con una específica distancia respecto del sol, etc.

“Paleo” significa viejo y como viejos y arcaicos podemos entender a los primeros sapiens que existieron sobre la tierra. Por lo mismo, se puede decir que los sapiens actuales viven en una suerte temporal de lo reciente y son (somos) la recién estrenada nueva infancia de la humanidad. Lo viejo es lo de antes y lo nuevo lo de ahora. Pero si se mira evolutivamente, aquellos primeros humanos en África serían la juventud de una ancianidad en la que estaría hoy la Humanidad. Ese juego de doble sentido muestra la paradoja de que ningún origen lo es todo para comprender lo que somos, como ningún presente lo es todo sin atender y adivinar su pasado. La comprensión de la evolución es como la comprensión paradójica del tiempo, que no tiene nunca una única dirección, porque no hay presente sin pasado, pero tampoco pasado sin presente. Y es que los fósiles no son sin más restos en un espacio o un lugar, sino que, más bien y a la vez, dichos lugares son también tiempo. Y si los espacios son visibles por las perspectivas que los miran, los tiempos se leen de delante a atrás, de ahora hacia antes.

Ver un fósil es ponerse en un lugar, una posición, de saberse más joven que él tanto como saber de su paleología. No obstante, desde la perspectiva temporal resulta que somos nosotros los ancianos -los del “después”- y ellos la juventud primeriza de una Humanidad venidera. La lectura temporal de la biología no puede ser traducida desde la lectura temporal de una física newtoniana o una causalidad eficiente mecánica<sup>8</sup>, porque al hacerlo la respuesta más razonable, aunque falsa, sería la teoría fixista de los saltos de especie que es precisamente

7 Véase el famoso artículo de Margaret E Burbridge et al., “Synthesis of the Elements in the Stars”, *Review of Modern Physics* 29, núm. 4 (1957): 548-647. En dicho artículo se mostraba que la vida estaba hecha de los mismos elementos que los nacimientos de las estrellas.

8 Cf. Clifford Geertz, *The Interpretation of Cultures* (Nueva York: Basic Books, 1973), 47-48. Cf. Enrique Anrúbia, *Hermenéutica y Cultura: Estudios sobre Clifford Geertz* (Sevilla: Thémata Editorial, 2025).

la lectura que Linneo y algunos de sus contemporáneos falsa pero razonablemente ofrecieron en su época. Sabemos que los seres orgánicos no saltan de una especie a otra por pura acumulación de cambios más o menos mayores, pero también que siendo lo biológico algo físico, la lógica causal de la física no es la lógica orgánica de la biología, pues ésta última parece más hermanada con las ciencias humanas y sociales de lo que se cree. La lectura crítica y científica de la evolución antes que ser una lectura lineal de encadenamientos o un árbol filogenético que nace de un tronco ramificándose complejamente -figura que Darwin y Haeckel popularizaron-, es más bien una telaraña de corte tridimensional, con profundidades, saltos temporales y espaciales reconectados según circunstancias y otras veces incluso aislados<sup>9</sup>.

Como en cualquier modelo científico las dificultades de una teoría evolutiva -no tanto de la evolución en sí misma que no es discutida- se precisa en que sabemos bastante bien lo que pasó y el cuándo, pero nos resulta bastante confuso el para qué y a veces ni sabemos responder al por qué pasó lo que pasó en sentido literal y profundo. En el fondo es el problema de toda teoría del cambio, que es un problema común tanto a la ciencia sociales como a la física cuántica. Que las cosas cambian lo sabemos, que lo hacen de este modo también lo sabemos por comparación, pero saber por qué es no está exento de dificultades epistemológicas. Pero, además, nos pasa que cada resto fósil abre un nuevo proceso de estudio o datación que nos responde a algún problema, pero el campo de datos y hallazgos es tan disperso y tan vasto que cada solución también multiplica el número de interrogantes respecto de otros fósiles o teorías previas. Es una constante recombinación explicativa de hechos y teorías antiguas ante hallazgos nuevos. Con el tiempo descartamos respuestas, pero no se eliminan las incógnitas sino que se acrecientan otras que se creían respondidas.

Esta anotación apunta a que no nos podemos comprender sin nuestros fósiles, o sin la genética comparada con otros primates, o sin la comprensión de la etología de otros mamíferos provistos de sistema central nervioso complejo, etc. Pero no somos ni lo primero o lo segundo, ni lo tercero. Si por ejemplo queremos saber cómo funciona el fémur humano, podemos compararlo con el fémur de un chimpancé, si queremos saber cómo funciona el cerebro humano podemos estudiar también el del delfín, y si vemos la encefalización de un *austrolopitecus* podemos saber en qué nos distinguimos o nos parecemos. Pero todo ello se daría al traste si se perdiese de vista la simple disquisición de que un fémur humano es de un humano y no de un chimpancé, y que un humano no es un chimpancé,

<sup>9</sup> Es el caso de la homoplasia: La aparición de una misma característica en taxones (especies) distintos que no poseen un antepasado común.

y que aunque pueda haber humanos que pretendan argumentar que somos casi lo mismo no tenemos aún noticia del caso de un chimpancé o un delfín que tengan esa misma pretensión antropocéntrica. Nadie discute que un gorila no es chimpancé, pero parece que la discusión se torna acientífica cuando se compara a un sapiens con cualquier otro primate. No es cuestión de saber lo que nos une -que lo hay- o nos distingue -que también lo hay-, sino algo tan básico como saber lo que somos. Si la tricomía en la visión es algo compartido por primates y sapiens no hay que dejarlo de lado, pero si el pensamiento simbólico y abstracto es propio del sapiens eso no significa que hay que dejar de lado la tricomía. Ambos, primates y sapiens, vemos desde la combinación de tres colores primarios, y eso no es excluyente de nuestras diferencias como no es incluyente de una unión sin criterio.

La cuestión no es si el ser humano es y toma parte de la evolución, que indudablemente lo es, sino si la evolución basta para explicar lo que es, tal y como pretenden los evolucionistas de corte materialista. Esa, y no otra, sería la verdadera discusión. O si bien, y sosteniendo que la evolución forma parte del proceso constitutivo de las especies a las que pertenecemos, quepa afirmar que hay siempre un elemento de insuficiencia en su explicación, porque si existe un elemento de insuficiencia quiere decir que hay un “eslabón perdido”, es decir, que hay un salto que se manifiesta razonablemente incomprensible si se toma como única y exclusiva la teoría evolutiva de corte materialista. La evolución es necesaria pero no es suficiente.

Ser animal, mamífero y homínido no es un caparazón anexo y prescindible que oculta o recubre una esencia interior de lo humano. Ningún humano que haya existido lo ha hecho sin ser un homínido. Tomar la animalidad del ser humano, y por lo tanto, su biología, como un envoltorio accidental es cometer un grave error que además llevaría a decir, por ejemplo, que el ser humano es una conciencia autónoma que puede disponer de su corporalidad externamente porque ésta es entendida como un mero soporte biológico forastero a su verdadera esencia. Una filosofía o una antropología que asumiese el cuerpo como lo distinto al ser humano y lo entendiera como lo que está disponible como objeto que se puede distinguir netamente de un “verdadero yo”, estaría negando una verdad más originaria, previa y evidente: que el ser humano es un cuerpo, del reino animal, mamífero y homínido.

No perder de vista y no tener más presunción posible sino este simple dato es en el fondo atenerse a la idea de que nacemos, comemos, respiramos, tenemos una genética, etc. Ser mamífero quiere decir que se pertenece a las especies que se reproducen sexualmente, que por tanto no hay un ejemplar único de la especie

y que hay una diversificación genética de suyo por la misma combinación de los pares varón y hembra en la sexualidad. En el ser humano, y las especies de mamíferos, esas especies se dan modalizadas sexualmente. Eso quiere decir que no existe ningún humano que no esté él mismo especificado desde la misma condición genética de su nacimiento y su fecundación. También significa que el sapiens, como en cualquier mamífero, esa especificidad viene dada por la misma sexualidad: en tanto que se es mamífero se es varón o mujer.

El ser humano no es el espíritu de un ángel temporalmente cautivo en una cárcel corporal sino que es nativa y vitaliciamente su cuerpo, cuerpo singular pero cuerpo. Ser animal y ser del mundo significa que el cuerpo no es lo que se interpone entre nosotros y la realidad sino lo que nos la hace disponible y nos inserta en ella como habitante suyo. Porque somos cuerpo estamos en el mundo, tanto como los etéreos ángeles no viven en él.

### III. CON LOS PIES EN LA TIERRA

Los zoólogos hacen definiciones diferenciales: cuando hacen el esfuerzo por comprender el cuerpo de cualquier animal empiezan por sus contrastes y siempre comparece cierta fascinación final cuando observan sus peculiaridades. Si el sapiens tiene manos, son fantásticas sus habilidades manuales; si tiene ojos, una visión penetrante y horizontal; si dientes, una enigmática y casi clandestina dentadura; si cuello, en él susurran polifónicas sus cuerdas vocales; y bajo su cráneo se esconde una portentosa encefalización. Pero, y con todo, cuando los paleoantropólogos explican los inicios del sapiens y su línea evolutiva, lo dicen así de simple: se puso de pie.

Si se acude a la literatura zoológica y se busca el rasgo que permite diferenciar al sapiens del conjunto de las demás especies de mamíferos superiores y, en particular, entre los hominoideos<sup>10</sup>, la respuesta es unánime e indiscutida: su condición bípeda, el hecho de que está erguido sobre dos pies, y que además su posición bípeda sea perfecta, estable y operativa.

Hay algunos grandes monos antropoides que tienen un bipedismo imperfecto e inestable, y aunque pueden estar de pie y ejecutar diversas maniobras su postura no está fisiológicamente cumplida porque no ofrece el mayor rendimiento conductual posible. Si un chimpancé quiere correr a plena potencia ope-

10 Antonio Rosas, *Los neandertales* (Madrid: CSIC, 2010) 134.

rativa no lo hace bípedamente, adopta una posición cuadrúpeda. Anatómicamente hablando está especializado en esa forma de desplazamiento. Los primates usan los nudillos de sus extremidades superiores y la planta entera de las inferiores para apoyarse y hacen de esa estrategia cuadrúpeda la forma de desplazamiento más competente en términos de eficiencia energética. Pueden ponerse de pie para agarrar algún objeto o similar, o en los protocolos de cortejo, pero su bipedismo no es en sí mismo locomotor. Dicho con el sapiens: también el sapiens puede andar a cuatro patas y desplazarse, pero esa no es la forma somática más eficiente, ni resulta la más propia a su cuerpo, ni es la estrategia locomotora para la que la especie está dotada anatómicamente<sup>11</sup>. En el caso del ser humano<sup>12</sup> -no así en todos en los taxones del homo- el bipedismo es perfecto y estable en el sentido, al menos, de que no hay ninguna otra estrategia mejor que esa. Más: el conjunto de la anatomía humana está “transformada” para hacer posible la postura bípeda.

Haciendo una comparativa con los grandes monos antropoides, estar de pie exige una transformación muy severa de la arquitectura pélvica y de la cadera. Básicamente cuando la posición es bípeda el lugar de inserción de los fémures tiene que ser modificado tanto en la parte inferior de las extremidades como en su relación con la columna, que tiene que ser alterada respecto del tronco superior. La cadera de los mamíferos cuadrúpedos en general, y también la de los grandes monos antropoides, se parece mucho a la forma de una silla de montar a caballo, y las inserciones femorales estarían hacia donde cuelgan los estribos. La inserción de la columna vertebral en esa pelvis es longitudinal. Si a un animal con esa estructura pélvica se le pusiera de pie sin modificación óseo-muscular alguna se le dejaría poco más o menos que sentado en el suelo. Para que ese animal se pudiera poner de pie, erguido y estable, el lugar donde se insertan los

11 Recientemente se ha demostrado que, contraria a la percepción convencional, la zancada humana es más corta que la del chimpancé, y eso tiene sus implicaciones. Cuando el chimpancé se desplaza sobre sus piernas debe realizar una rotación extrema de su pelvis y su tronco – rotar en su diagonal y ponerse de lado para ir recto- para dar una zancada más larga, aunque la longitud total de su desplazamiento sea igual o menor a la humana, que camina recta y directa (de frente). “La mayor variabilidad cinemática observada [de alargamiento de la zancada gracias a la rotación torácica y de la pelvis] probablemente se debe al hecho de que la marcha bípeda en los chimpancés es un modo locomotor poco frecuente y, por lo tanto, requiere más ajustes cinemáticos entre una zancada y la siguiente. Es posible que el bipedalismo facultativo de los primeros homínidos también fuera variable entre zancadas, al menos hasta la aparición de la marcha bípeda habitual en los australopitecos”. O’Neill, Matthew C., Lee, Leng-Feng, *et al.*, “Three-dimensional kinematics of the pelvis and hind limbs in chimpanzee (*Pan troglodytes*) and human bipedal walking”, *Journal of Human Evolution* 86 (2015): 40.

12 En el ser humano, la experiencia de correr excede al mero desplazamiento útil. Véase J. Tahull, “Correr para ser feliz. Buscando experiencias espirituales”, *Cauriensa*, XV (2020): 651-670.

fémures con la pelvis se tendría que modificar en su ángulo y en su estructura más básica. Además, esa modificación debiera hacerse permitiendo un cierto paralelismo entre los fémures porque si no a ese animal le pasaría lo que les pasa a los chimpancés: que en su intento de ponerse de pie arquean las piernas porque son incapaces de mantenerlas en paralelo<sup>13</sup>. Ese arqueo es el que el ser humano tiene que evitar a cualquier precio para poder moverse locomotoramente de manera eficiente<sup>14</sup>. Además, si el primate intenta evitar ese arqueo, el desplazamiento longitudinal exige desplazamientos laterales. Por eso, para los grandes monos la única manera de ir en recto a un punto es ir zigzagueando con el torso en diagonal hacia el lugar de destino y balanceando el tronco de un lado a otro, aunque toda esa estrategia locomotora de bipedismo imperfecto exigiría un dispendio de energía metabólica tan grande y tan ineficiente que haría de esa especie algo vitalmente inviable.

En el sapiens, la única manera por la que se consigue ese bipedismo operativo es, se supone, por un achicamiento o disminución de la pelvis en términos anatómico-estructurales. Pero dicha disminución y la necesaria recolocación para su condición bípeda se alía específicamente con la oportunidad extraordinaria del uso eficiente de las fuerzas tractoras de impulso y especialmente del equilibrio.

En el sapiens andar es un problema de equilibrio de un modo que no acontece en los cuadrúpedos, donde en su movimiento básico y pausado son capaces de conservar de forma regular una estabilidad constante. Para ellos el problema de su locomoción es otro: el enorme esfuerzo muscular y el consiguiente dispendio calórico que necesitan para desplazarse. La biomecánica del cuadrúpedo tiene la característica de que siempre tiene los apoyos suficientes para evitar caerse. En el sapiens, sin embargo, debido al uso que hace del equilibrio en su movimiento, la posibilidad de caerse existe en cada paso que da, sea este lento o rápido. Es difícil derribar con una zancadilla a un cuadrúpedo como perro o una oveja, pero basta una mínima sacudida en el pie alzado o en el de apoyo del sapiens para tirarlo al suelo. Y es que para el ser humano andar consistiría en caerse y evitarlo, es decir, desplazar el centro de gravedad, impulsarse y en ese equilibrio saber poner un segundo apoyo justo antes de la caída que además

13 Para la comprensión visual de la posición del fémur del chimpancé y su inserción en la pelvis en su diferencia con humanos, vid., F. Jenkins, "Chimpanzee Bipedalism: Cineradiographic Analysis and Implications for the Evolution of Gait", *Science*, 178, núm. 4063 (1972): 877-879.

14 En pediatría es lo que se conoce como *Genu varum*, piernas arqueadas. Se trata de una rotación mal formante que ha de ser corregida durante el crecimiento, y que de no serlo produce posteriores tensiones y dolores en pies y rodillas.

detenga el impulso en el que se está en precario para poder realizar a continuación, y aprovechando ese mismo movimiento, realizar otro impulso que le vuelve a poner en equilibrio, y así continuamente. La complejidad reside en que el talón del pie en alto tiene que frenar y contrarrestar el impulso que ha generado la parte delantera del pie de impulso, y en la misma frenada tiene que arquearse para pivotar otra vez sobre sí. Eso hace del pie un miembro tremendamente móvil en su inserción articular (tobillo) a la vez que posee una rigidez longitudinal que le permite hacer de palanca tractora. El arco plantar es la ayuda cóncava para hacer recaer al final todo el peso sobre el dedo gordo que ahorra esfuerzo muscular por el uso del equilibrio ofrecido en el movimiento. El punto de gravedad bascular es tan exacto y alineado con el resto del cuerpo que cortar los dedos del pie, y especialmente el *hallux*, el dedo gordo, implica perder el equilibrio o generar un andar que necesitará de más fuerza muscular por parte del tronco o bien cierta ortopedia auxiliadora<sup>15</sup>. Todo eso es andar.

En sus tratados de biología, Aristóteles sugirió que la mano era el miembro anatómico más técnico y propio del ser humano, y de forma similar, aunque ya caduca y desechada, se decía en la paleoantropología decimonónica que el uso de herramientas era lo más propio del sapiens. Sin embargo, el taxón homo, la línea evolutiva que desemboca en el sapiens, ya hacía herramientas muchos antes de que se diese un bipedismo perfecto con el ser humano -no así por ejemplo con el neandertal cuya pelvis era ligeramente distinta-, y también ya era básica pero operativamente bípedo antes de tener una potente encefalización para crear utensilios complejos. Lo cierto y más obvio es que evolutivamente nuestra mano ha cambiado más bien poco en comparación a un pie que se ha ido perfeccionando y especializando. Tenemos más historia evolutiva en nuestro pie que en nuestra mano, y aunque el pie es más joven histórica y evolutivamente contiene la paradoja de ser el comienzo iniciático de lo que le hace al sapiens sapiencial, o dicho con Marvin Harris, en un principio era el pie<sup>16</sup>.

No somos los únicos bípedos, también las gallinas y otras aves lo son – “bípedos sin plumas” nos llamó Platón-. En su caso equilibran su andar no con el pie mismo sino con la cabeza (la mueven de atrás a delante). Pero en el sapiens ocurre que su cabeza es morfo-anatómicamente muy pesada y debe tenerla alineada para no darse de bruces. Por eso, lo equilibra con algo muy propio del

15 El uso del zapato proviene de que cualquier mínima descolocación en la pisada le hace perder el equilibrio. La irregularidad de un terreno no llano o la protuberación en la pisada es tremendamente incómoda. Se tiene constancia de las primeras sandalias alrededor de 15.000 años.

16 Marvin Harris, *Nuestra especie* (Madrid: Alianza, 1991), 5 y ss. También lo dijo Leroi-Gourhan en *Les racines du monde* en 1982.

sapiens: la lateralidad. Mueve los brazos al andar para equilibrar las fuerzas de ese impulso, armonizándolos respecto de las piernas en movimiento. El asunto no iría a más si no fuera porque le sucede que en ese movimiento sus cuatro miembros -los dos brazos y las dos piernas- se mueven cada uno de forma distinta y por separado, pero al mismo tiempo y en sintonía mecánica y continua. La dificultad de aprender a tocar la batería o el piano o la guitarra (el uso discontinuo de diferentes extremidades al mismo tiempo) es solo aparente, pues lo gestionamos desde que somos infantes para ser locomotoramente viables. En el caso del bipedismo el grueso del asunto descansa en que no se trata sólo de posicionar esas extremidades así, sino moverlas armónicamente y al mismo tiempo en perfecto equilibrio de fuerzas. Nadie corre o anda con los brazos caídos, levantados o pegados al cuerpo, porque de hacerlo su movimiento se entorpece exponencialmente. De hecho, si se toma la carrera como la potenciación máxima del desplazamiento corporal no solo los brazos equilibran, sino que ellos mismos impulsan hacia delante rítmicamente en un punto en el que el pie solo necesita apoyar la parte delante ya sin el talón.

Aun así, los humanos no somos grandes velocistas zoológicamente hablando, porque si bien el uso del equilibrio de fuerzas en el bipedismo nos ahorra energía, al mismo tiempo nos evita tener una potente fuerza muscular en las piernas etológicamente hablando, y dicha fuerza es la que un cuadrúpedo ejerce en su aceleración desde al menos tres de sus extremidades. De hecho, como el impulso en equilibrio siempre es hacia delante la caída más propiamente “humana” es de bruces<sup>17</sup> antes que sentado o lateralmente. Casi cualquier cuadrúpedo es más rápido al sprint que el sapiens, lo que le convierte a éste en un caminante pausado y apto para medias y largas distancias donde de su humanidad se significa en el tránsito continuo y constante por la tierra, es decir, como un trans-humante -el que marcha por el suelo- perpetuo al que incluso anatómicamente le cuesta estar quieto y de pie mucho rato. Acechar y estar inmóvil en el sapiens es sentarse o tumbarse, porque el uso del equilibrio necesario para estar de pie urge del movimiento. Sin embargo, los cuadrúpedos pueden estar inmóviles largo tiempo sobre sus cuatro extremidades, ahorrando la energía muscular para cuando les resulte necesaria.

La dificultad en administrar ese equilibrio es también una de las razones por la que a las crías humanas les resulta tan difícil aprender a andar, pero todavía más porque para lograr esa posición bípeda, erguida y vertical deben alinear una cabeza que desde su nacimiento pesa proporcionalmente al cuerpo mucho

17 Bruces viene del latín *Buceus*: de la boca. Caerse de bruces suele infringir un daño óseo muy propio del *homo sapiens* frente a otros primates: romperse los dientes.

más de lo que debería de pesar. A esto se le añade que cuando los infantes ya han aprendido a mantener el equilibrio erguidos pero estables, alineados pero en reposo, esto es, cuando ya son capaces de ponerse de pie, tienen que aprender a perderlo pero sin caerse. Por eso en etología se diferencia entre bípedo -estar o ponerse de pie- y bipedalismo -moverse eficazmente sobre dos extremidades-. La biomecánica del andar es más compleja que la del cuadrúpedo e incluso más que la del volar. La locomoción del sapiens es tan biomecánicamente complicada que cuando la robótica avanzada intenta generar máquinas móviles lo más operativas posibles las crea con ruedas de tracción de oruga y con varias patas independientes o simplemente un dron, pero no imitan el andar humano debido a su enorme complejidad<sup>18</sup>.

Ocurre además que el sistema físico del equilibrio está en el oído y si se le daña mínimamente entonces el sapiens se cae porque no lo puede mantener. El oído funciona como una especie de nivel de albañilería. La vista, sin embargo, no opera en el movimiento al menos de forma primera ya que de hecho no nos vemos al caminar. En el aprendizaje del andar hay más oído y tacto que visión y solo cuando el movimiento está más o menos logrado el sentido de la vista se vuelve predominante respecto de la distancia: eso es señalar o la capacidad imaginativa espacial, manifiesta y ejemplificada en la advertencia de una posterior pedagogía parental que enseña a “mirar por donde se pisa”. Momento, a propósito, en el que la cría del sapiens ya se ha descubierto a sí misma como móvil y autónoma: un niño corriendo. Mirar por donde se pisa es la protoforma inaugural de darse cuenta del paisaje, y por lo tanto de cierta conciencia que anticipa el andar mismo antes de haberlo ejecutado y advierte significativamente el lugar al que se ha decidido ir. Es el primer modo de propiocepción plena -de autoconciencia corporal-. Y es que para querer ir desde un punto a otro se ha de adquirir la conciencia mínima del movimiento del cuerpo propio tanto como del lugar de destino. Por eso la expresión “mirar por donde se pisa” es también un “darse cuenta”, un pensar vernáculo donde se establece la sinonimia entre una advertencia parental y un advertir personal y reflexivo. Aquí ya no es la cuestión locomotriz y muscular de *poder andar*, favorecida por el cuidado de la cría, sino algo más humano y que los progenitores necesitan que adquiera el retoño en su infancia y metafóricamente en su adolescencia: la de *saber por dónde se anda*.

18 El ejemplo motriz robótico más conocido en ambientes adversos son la serie de *Mars Exploration Rovers* que la NASA envió a Marte -Sojourner, Spirit, Opportunity-. Pero también en biomecánica antes que intentar enviar un robot de andar humano se envió un dron llamado Ingenuity.

#### IV. LA INTIMIDAD COMO MOVIMIENTO

En los niños guardar el equilibrio, correr y jugar a tener puntería conforman las bases de muchos juegos infantiles. Esas tres habilidades son en el fondo las tres habilidades por las que la vida del sapiens se hace operativa locomotora-mente. *Vita in motu*, decían los clásicos, la vida está en el moverse propio; pero en el caso del ser humano es un moverse, como deben aprender los niños, con acierto y equilibrio.

Toda la destreza que posee el equilibrio del andar humano manifiesta la obligada necesidad de una precisión que atine el paso y, por lo tanto, de una medida que precise de su oportuno y casi constante ajuste. Así, andar es una suerte de *ajustar*, de hacer justicia motriz al mundo en su medida, en cuanto que requiere acertar tanto en el paso dado como en dar por cierto al mundo sobre el que se pisa. Tener como necesarias las acciones de ajustar y acertar en el movimiento es como decir que no hay mundo humano sin certeza ni justicia o que si no hay certeza y justicia el mundo no se humaniza, incluso en el andar. Cuando Protágoras decía que “el hombre es la medida de todas las cosas” como idea de que toda la realidad es un constructo subjetivo, se equivocaba no tanto porque el hombre no ofrece medida sino porque su medida necesita de ser ajustada y acertada respecto del mundo que mide, incluso en su movimiento básico. Y si no se diese tal ajuste y certeza, el mundo humano se evaporaría. Por eso no solo las ideas sino también los pasos pueden darse en la forma opuesta de la certeza, esto es, en falso.

Los seres humanos hemos estado la mayor parte de nuestra historia planetaria recorriendo y andando el mundo sin tener un lugar fijo de residencia. Si el sapiens tiene 300.000 años de historia solo en los últimos 15.000 tenemos asentamientos estables y duraderos. Quizás éramos nómadas cíclicos y estacionales pero nómadas: con las casas en nuestros pies, empaquetadas (echadas) a nuestras espaldas, donde los lugares eran los espacios de las huellas del sapiens en su pasar antes que sitios consolidados.

Dice el poeta que se hace camino al andar, pero muchos animales andan sin hacer camino, así que propiamente para hacer camino no solo hay que andar, que no deja de ser un mero pasar, sino que se requiere un tipo de andar preciso que es saber por dónde se camina. No todo lo que se mueve camina ni todos los andares hacen caminos. Pero el del hombre sí. Andar para el hombre es abrir y abrirse paso al mero pasar por un lugar. Mejor: que el andar humano genera el sitio de paso como lugar y referencia, y por tanto como vestigio o señal. Por eso andar es caminar tanto como lo es cualquier movimiento local con significado:

pasear, vagabundear, recorrer, errar, marchar, peregrinar, desfilar... Si se describe el andar del ser humano solo y exclusivamente desde una fisiología locomotora, como la simple tracción de poner un pie delante de otro, la resultante explicativa es insuficiente, porque el andar humano contiene el saber implícito de por qué se anda, hacia y desde dónde se anda. Incluso para andar por andar – pasear- hay que saber mínimamente lo que se está haciendo. Así, estar perdido es no saber hacia dónde se va o de dónde se viene, que es como decir que el mundo no tiene certeza ni medida que lo consolide a su paso.

En lo humano “tener los pies en el suelo” (y “la cabeza sobre los hombros”) son expresiones que muestran que para pisar no es solo necesario poder tener pies y su correspondiente equilibrio sino también y al mismo tiempo saber del mundo y el suelo que pisan. Así que no hay pies si no hay mundo que pisar, pero no hay mundo sin unos pies que lo rondan.

Si careciéramos de una imagen del mundo, nuestro moverse no dejaría de ser un mero desplazamiento similar al de las migraciones de rebaños que se transforman en meras relocalizaciones según necesidades vitales de carácter estacional. Pero el movimiento y el paso de lo humano es un adentrarse en el mundo antes que un mero simple cambio local. Y es que propiamente no se camina de un sitio a otro sino *a través*<sup>19</sup> suyo. Es por eso por lo que decimos que sólo los humanos viajamos y, por lo mismo, afirmamos que viajar no es lo mismo que desplazarse. Lo primero tiende a no prescindir de la travesía, lo segundo la abreviaría tanto como fuera posible. Así que, pese a lo que pudiera parecer, caminar es un movimiento tan intelectual y sensitivo como físico, y por eso el motivo principal para hacerlo es de naturaleza cognitiva: el deseo de conocer el mundo, también con el propio cuerpo y todas sus potencias.

Solo puede *adentrarse* en el mundo un animal que es capaz de tener un *dentro*, es decir, una intimidad que lo resguarda y lo cobija en sí mismo y que es capaz de guardarse lo que de fuera se trae en su caminar. Por eso, no hace justicia al ser humano describir su movimiento solo y exclusivamente como un simple desplazamiento físico o local, porque aquí el ser humano es capaz de moverse no tanto desde meras coordenadas físico-espaciales sino de fuera a adentro (y viceversa). De ahí que podamos decir que un sapiens puede contener un mundo en sí mismo sin la necesidad obligada de moverse estacionalmente o al mismo tiempo que ella. El sapiens se lleva consigo, en su dentro, el mundo que transita de un modo que ningún animal hace, pero también y al mismo

19 Cf. Higinio Marín, *Mundus. Una arqueología de la existencia humana* (Granada: Nuevo Inicio, 2019).

tiempo, es capaz de impregnar al mundo lo que desde sí y por sí mismo saca. Esa es la hondura intelectual de dar al mundo su medida y su justeza o como decía Ortega de “convertir el viaje en equipaje”.

Lo que los hombres hemos descubierto con el estudio de la paleoantropología son dos cosas: que los cuerpos no se ciñen a sus límites, sino que dejan vestigios propios, y que el mundo también posee una impronta que se queda y se transforma como huella de lo humano. La huella de lo humano en el mundo es proporcional a la que el mundo lega a la intimidad. Nos pusimos de pie para ser sapiens, pero en ese pie se descubrió el mundo como mundo porque aquél le dio a éste su primera medida en el andar y en ese ajuste cosmo-antropológico compareció cierto tipo de conciliación. Eso es también de hecho ajustar: conciliar; convocar y pacificar el mundo, es decir, hacerlo habitable. Solo se puede propiamente habitar un lugar, al menos humanamente, si hay justicia y paz y existe la posibilidad de la “re-conciliación” entre el paso del hombre y el mundo que se deja pisar. De hecho, nuestras crisis ecológicas, aunque no solo ellas, provienen del “desajuste” entre uno de esos extremos. Si antes se ha dicho que no hay sapiens sin mundo y la historia planetaria a la que pertenece, es ahora cuando cabe decir que la medida del paso humano es la convocatoria primera en la que el mundo se transfigura como habitable, a nuestro paso y ritmo, y que ese paso o medida es lo que el ser humano lleva y gestiona como un dentro, como lo que tiene para sí, a saber, una intimidad que es custodia y recuerdo del mundo.

Si para guardar el equilibrio es preciso acertar, también la certeza recae en la intimidad como un movimiento. A la certeza se ha de llegar a ella y es por eso por lo que hay hombres que tienen más intimidad que otros, a saber, que saben más del mundo aunque hayan caminado o viajado poco. Así, lo humano es moverse desde sí y volver, a saber, recoger y traer de vuelta: llegar. Lo que permite decir que lo propio humano es también “llegar a ser humano”. A ningún mamífero sino al sapiens le acontece tal estado.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Anrubia, Enrique. *Hermenéutica y Cultura: Estudios sobre Clifford Geertz*. Sevilla: Thémata Editorial, 2025.
- Aquino, Tomás de. *Summa Contra Gentiles*. Madrid: BAC, 1952, 1953.
- Aristóteles, *Acerca del alma*. Madrid: Gredos, 2020.
- Burbridge, Margaret E., G. R. Burbidge, William A. Fowler y F. Hoyle. “Synthesis of the Elements in the Stars”. *Review of Modern Physics* 29, núm. 4 (1957): 548-647.

- Geertz, Clifford. *The Interpretation of Cultures*. Nueva York: Basic Books, 1973.
- Harris, Marvin. *Nuestra especie*. Madrid: Alianza, 1991.
- Inciarte, F. *Imágenes, palabras, signos. Sobre arte y filosofía*. Pamplona: Eunsa, 2004.
- Jenkins, F., “Chimpanzee Bipedalism: Cineradiographic Analysis and Implications for the Evolution of Gait”. *Science* 178, núm. 4063 (1972): 877-879.
- Marín, Higinio. *Mundus. Una arqueología de la existencia humana*. Granada: Nuevo Inicio 2019.
- O’Neill, Matthew C., Leng-Feng Lee, Brigitte Demes, Nathan E. Thompson, Susan G. Larson, Jack T. Stern Jr y Brian R. Umberger. “Three-dimensional kinematics of the pelvis and hind limbs in chimpanzee (*Pan troglodytes*) and human bipedal walking”. *Journal of Human Evolution*, 86 (2015): 32-42.
- Rosas, Antonio. *Los neandertales*. Madrid: CSIC, 2010.
- Tahull, J., “Correr para ser feliz. Buscando experiencias espirituales”, *Cauriensia* XV (2020): 651-670.
- Turbón, Daniel. *La evolución humana*. Barcelona: Ariel, 2006.

Enrique Anrubia Aparici

Universidad CEU Cardenal Herrera

C/ Assegadors, 2

46115 Alfara del Patriarca –Valencia (España)

<https://orcid.org/0000-0001-7982-8190>

Higinio Marín Pedreño

Universidad CEU Cardenal Herrera

C/ Assegadors, 2

46115 Alfara del Patriarca –Valencia (España)

<https://orcid.org/0000-0002-8196-3970>

